

Dalia

César R. Guzmán



## Capítulo 1

La muerte. Esa efímera eternidad; temida por unos, adorada por otros; evadida por muchos, anhelada por pocos. Hay quienes creen que la muerte es el fin y hay quienes dicen que no es más que otro comienzo, un reinicio, una nueva oportunidad. Hay quienes la celebran y quienes la veneran cual deidad. En vida, muchos hombres aseguran que es la muerte el peor de los destinos, la peor de las opciones; pero la muerte no es ni una opción ni el más tormentoso de los destinos. Llamarlo como sea, pero la vida de todo ser vivo está atada por esta misteriosa, ineludible e impredecible fuerza a la que llamamos destino. No, hay peores finales que la muerte, no para ti pero si para quienes te rodearon. Enterrar repentinamente una parte de tu vida, una parte de ti, darte cuenta que fue la última vez: el último abrazo, el último nos vemos, la última discusión, la última broma. El último instante, tan abrupto, tan repentino, tan aleatorio, tan sorprendente, tan...definitivo.

Personalmente siempre creí que la muerte no era más que una recompensa por tu vida, por tu sufrir, por tus logros, una recompensa inútil. El tiempo se encargó de hacerme entender que no hay tal recompensa, al menos no para quienes seguimos atados a la vida, para la otra persona no lo sé, pero para quienes nos quedamos no es más que una cruel forma del universo para devolvernos a la realidad. Porque siempre es así, el modus operandi, cuando todo va bien, cuando te sientes en la cima, aparece aquella incondicional "amiga" que te muestra el borde del abismo y te demuestra que la desesperación es real. Te hunde. ¿Por qué digo todo esto? Bueno, es la historia de cómo conseguí mi propia recompensa.

...

Dalia era su nombre. El nombre de la mujer que cortó las cadenas que yo mismo me impuse y quien forjó la escalera que me sacó del agujero en el que me encontraba; la mujer que iluminó el camino hasta que pudiera seguirlo por mi cuenta. La conocí por casualidad una tarde lluviosa en la estación del tren, yo regresaba de mi insípido empleo en una oficina en el piso 5 de un edificio con vista a un estacionamiento, las grandes corporaciones no suelen interesarse en los trabajadores de baja jerarquía como yo, después de todo somos reemplazables. Yo me refugiaba de la incesante lluvia a un lado de una máquina expendedora descompuesta a la espera del tren que me llevaría a mi apartamento para llegar a ver las noticias en el televisor, una película en algún canal de paga y terminar con mi emocionante rutina diaria. Vivía solo, era hijo único y había

perdido a mis padres en un accidente hace un par de años, entonces ya era lo suficiente mayor para valerme por mí mismo. A mis amigos los deje atrás cuando decidí mudarme y trabajar para esta gran corporación, estaba seguro que el dinero que recibí del seguro de mis padres me sería suficiente para empezar desde cero en una ciudad desconocida, y lo fue. Me hice con un apartamento amueblado y el resto lo guardé en una cuenta de ahorro en el banco, una vida sencilla no requiere lujos.

Entonces yo estaba ahí, de pie, casi inerte, pensando en que la lluvia retrasaría los trenes. Un golpe me regresó súbitamente al mundo real, una chica universitaria con una larga coleta negra colgando sobre su espalda y el uniforme tan empapado como mi camisa, había golpeado la máquina esperando que le devolviera su moneda. No sé si era torpe, despistada o ambas, que no se dio cuenta que a un costado de la maquina había un letrero que decía estaba fuera de funcionamiento.

- *No funciona, lo pone ahí* – le dije echándole una mirada por el rabillo del ojo y señalando el letrero  
- *¿Oh? Es verdad, no lo había visto. Por favor perdóneme si lo incomode* – Aquella chica desbordaba alegría y júbilo por las pupilas, esperanza por un futuro incierto pero excitante al terminar el colegio. Aquella chica era como yo solía ser años atrás.

El tren llegó, se detuvo y abrió sus puertas, la gente salió apresurada para refugiarse, cuando fue el turno de abordar, caminé hacia el frente ignorando a la chica y entré. Me senté junto a la puerta, abrí mi maletín y saque un libro. Al instante, mi intento de lectura fue interrumpido por un pisotón.

- *Discúlpeme, no me di cuenta. Lo siento.*

La chica de la coleta se había sentado a unos centímetros de mí. No le di importancia, leí hasta que llegué a mi estación sin siquiera preocuparme por si la chica ya había bajado o seguía abordo. Una vida sencilla y rutinaria, monótona. Así es como describiría la mía; aunque a pesar, o quizá, debido a la costumbre, estar siempre en los brazos de la soledad hace que te acostumbres a ella, al silencio. Para una persona como yo, no hay forma de evitarlo, solo queda aceptarlo.

Mis días transcurrían igual que siempre, bueno, casi igual. Desde el día siguiente a esa lluviosa tarde, siempre veía a la chica de la coleta en la estación por la tarde, 6 pm sin falta ella estaba ahí esperando por el mismo tren que yo. Cuando en un camino constante aparece una variable, es imposible ignorarla y pasar de largo, ese camino deja de parecer recto, ahora hay una desviación, una salida o una entrada; eso me pasó a mí con la chica de la coleta. Comencé a prestarle atención mientras esperábamos en la estación y mientras viajábamos. De una observación tan simple como esa no se puede concluir muchas cosas, ella era una

estudiante que todos los días usaba el cabello de la misma manera, no parecía tener muchos amigos pues siempre estaba sola y supuse que vivía a las afueras de la ciudad dado que ella seguía abordo después de que yo bajara. Tres cosas eran las que, al menos, suponía saber de ella, la chica de la coleta.

Cierta tarde, muy calurosa por cierto, como de costumbre yo estaba de pie frente a las vías esperando mi tren cuando me percaté que la chica de la coleta no estaba ahí, ciertamente me pareció extraño e incluso me resultaba algo incómodo pues algo que ya se había vuelto constante volvía a cambiar por lo menos esa tarde. Pero vamos, cada quien tiene su vida ¿no?, cuál es la razón por la que un extraño deba preocuparse por otro. Llegó el tren y lo abordé, los asientos iban llenos y se sentía demasiado calor como para pegarse junto a alguien así que me quede de pie frente a las ventanas de la puerta, viendo hacia el exterior. El tren cerró sus puertas y comenzó a avanzar. Lentamente ganaba velocidad, cuando abandonábamos la estación, pude ver por el rabillo del ojo una larga coleta negra saliendo de las escaleras. Hmm, se le hizo tarde.

Al día siguiente todo volvía a la normalidad, volvía a estar a la misma hora de siempre. Es extraño como cuando uno lleva una vida tan rutinaria, el más pequeño cambio te hace sentir fuera de lugar, un ligero cambio te saca por completo de tu zona de confort, y muchos dirían "no está mal cambiar de aires de vez en cuando" pero para personas como yo es todo lo contrario, sientes como una ansiedad crece en tu interior y te carcome de a poco el no saber qué hacer después y volver a encontrar la calma no es nada sencillo. Claro que preocuparse por la ausencia de un desconocido es ridículo, pero por alguna razón a mí me hizo sentir inquieto.

En fin, el tiempo pasó, no sé cuánto habrá sido realmente, pero de nuevo llovía. Por alguna razón la lluvia se sentía nostálgica, triste, como si alguien en algún lugar estuviese llorando. Cada gota se sentía impregnada de nostalgia y añoranza, como si cada gota fuese una letra de una larga carta de despedida. En ese momento miré hacia arriba, al cielo nublado. El agua empapaba mi cara pero yo seguía mirando, era como si el cielo supiera lo que sentía en ese momento. Por un segundo todo a mi alrededor desapareció, yo estaba solo en el mundo, el agua caía al ritmo que tocaba mi apretujado corazón. El jalón de mi camisa trajo de vuelta a todos, descongeló el tiempo.

- *¿Está bien? El tren ya está aquí ¿no va a subir? Se está mojando mucho.*

- *¿Eh? Ah, sí. Gracias. - Ambos subimos a bordo. -  
Perdone que lo moleste, ¿pero se encuentra bien? Parecía distraído hace unos segundos, más bien como si estuviera llorando.*

"Como si estuviera llorando"... ¿acaso era tan predecible mi sentir o esta

chica me había estado observando?

- *Si, solo...un recuerdo,* - le respondí intentando evitar más preguntas, - *todo bien.*

- *¡Oh! Ya veo. Usted siempre luce tan solitario que la escena encuadraba perfecto, jaja. Perdóneme por favor por mi atrevimiento.*

- *Ah, si...no es nada. No hay problema.*

El resto del camino lo recorrimos en silencio, absortos cada uno en nuestros pensamientos. Sentados uno frente al otro, tan cerca pero a la vez tan distanciados. Mi estación llegó, me puse de pie esperando que las puertas abrieran para bajar. El tren se detuvo, segundos después las puertas se abrieron, mi pierna derecha se movió en el mismo instante en que el silencio del vagón fue interrumpido por la voz de la chica.

- *Que tenga buena noche.* - Lo dijo en un tono tan amable y suave que podías sentir como las palabras te abrazaban, reconfortándote.

Por la inercia de mi movimiento no tuve oportunidad de voltear y devolver el amable gesto, solo bajé del vagón como si no la hubiera escuchado. Una vez fuera, me di media vuelta. Hay ocasiones en que una persona, a pesar de ser un total desconocido, te hace sentir en calma y confianza, como si fuera un amigo cercano, hay ocasiones en que esas mismas personas te hacen sentir como si siempre estuvieran detrás de ti procurándote, hay ocasiones en que unas cuantas palabras te hacen sentir conectado. Eso me hizo sentir aquella chica de coleta larga, sentada con su mochila en el regazo y una sonrisa en el rostro.

- *Gracias...igual* - Respondí. El tren cerró sus puertas y siguió su camino; lo mismo hice yo, con una sonrisa por lo bajo.

•••

A partir de esa tarde, Dalia se había convertido en la persona con quien platicar durante el trayecto a casa. En realidad solo hablábamos (o más bien ella hablaba, yo solo escuchaba y respondía) de cosas sin importancia, nunca temas personales, cosas como el clima, cómo estuvo el día, la máquina expendedora disfuncional, el colegio...esas cosas. A pesar de platicar casi todas las tardes, aún no sabíamos mucho uno del otro.

- *Las vacaciones de verano se acercan así que por dos semanas no tomaré el tren ¿tú tendrás vacaciones en tu trabajo?*

- *No, yo suelo tomar vacaciones durante el otoño*

- *¿En serio? ¿Te gusta más el otoño que el verano?*
- *Si. El clima es más agradable, no hace ni frío ni calor y las calles se tiñen de un color anaranjado que me hace pensar que las plantas se preparan para morir temporalmente, como si se tomaran un descanso.*
- *¿Eh? Eso suena muy...extraño. Aunque viniendo de ti no es muy sorprendente que digamos.*

Quien lo hubiera pensado, una chica menor que yo que conocí solo porque tomamos el mismo tren se dirigía a mi como si fuéramos amigos...y yo le respondía; honestamente, hace un par de meses eso sería solo una fantasía sacada de mis días de infancia.

- *Ahora que lo pienso, tú eres menor ¿no crees que deberías tratarme con un poco más de respeto?* – Le pregunté usando el mismo tono aplanado de desinterés con el que solía hablar.
- *Jajajaja cierto. De hecho estoy en mi último año de universidad, pero como mucho estoy segura que soy solo unos meses más joven*
- *¿Qué te hace creer eso? Yo tengo casi 27*
- *Bueno, por varias razones mis estudios se aplazaron un par de años. Aunque acerté, yo cumpliré 26 el próximo martes,* - su tono era distinto al habitual, no se escuchaba tan alegre como siempre, en vez de eso sonaba como si por alguna razón estuviera forzándose a sonar alegre, rápidamente desvió la conversación, - *¿y qué sueles hacer cuando tienes vacaciones? A mí me gusta tomar el sol y comer helado todo el día.*
- *Suelo quedarme en casa a ver películas y a veces salgo a caminar.*

El tren se detuvo en mi estación, me levanté de mi asiento luego de despedirme igual que hacía todos los días pero esta vez ella también se levantó.

- *Hoy bajaré aquí, tengo cosas que hacer cerca.*
- *Oh, ya veo.*

Bajamos del tren y salimos de la estación, en silencio. Una vez fuera nos detuvimos, como si estuviéramos esperando a que el otro dijera algo que rompiera la incomodidad del momento, ella habló primero.

- *...bueno, yo voy hacia allá. Hasta el lunes.*
- *Si, hasta el lunes.*

Caminé en la dirección contraria. Parecía nerviosa desde que hice el comentario sobre nuestras edades, no pude evitar pensar en que la había incomodado. Solo hablé sin pensarlo, realmente no era mi intención saber su edad. Me detuve en un semáforo esperando a que los autos se detuviesen y pudiera cruzar la calle. Esa era una tarde tranquila, pocos autos, poca gente caminando. Por alguna razón me dieron ganas de desviarme de mi camino a casa e ir a caminar por el parque. Me di media vuelta y volví a caminar hacia la estación, siguiendo la misma dirección

que Dalia había tomado. El parque no estaba tan lejos de la estación pero el ambiente se sentía tan tranquilo que caminé con calma, me tomé mi tiempo hasta llegar al arco que marcaba la entrada al parque. El suelo ya se empezaba a cubrir con las marchitas hojas que volaban con el viento, entré y caminé sin nada en la mente. Sin pensar en nada que me preocupara, solo caminé y disfruté hasta llegar a mi lugar favorito del parque: un riachuelo que a travesaba la ciudad justo por el medio y con ella, al parque. A lo largo de la ciudad habían construido muchos puentes para poder cruzar, unos eran peatonales y otros eran para los autos, pero todos lucían igual, hechos de concreto y acero con un fondo urbano cualquiera, nada especial. Pero este era diferente, quizá porque estaba en medio de un parque, pero el riachuelo y el puente que lo atravesaba tenían cierto encanto melancólico. La estructura arqueada de madera iniciaba y terminaba sobre hierba que se extendía a lo largo de la orilla. Si te detenías a la mitad del puente y mirabas el agua, siempre lucía tan tranquila y cristalina, una corriente suave pero continua que arrastraba consigo más de una hoja recién desprendida, una flor arrancada o pequeñas ramas caídas de algún nido cercano. Era realmente relajante visitar ese lugar, perfecto para los enamorados cuyo amor florece con las flores de primavera; pero era otoño y el paisaje más bien inspiraba algo que yo sentía como añoranza, como si la naturaleza se dispusiera a descansar esperando por el calor y la luz que la hiciera despertar. Se sentía como una larga despedida.

Los faros del alumbrado público comenzaban a encenderse mientras el cielo se oscurecía indicando el final del día y que era de volver a casa. Me acomodé el cuello del abrigo y metí las manos a los bolsillos, emprendí el regreso a casa mientras me preguntaba si debería parar en alguna tienda para comprar algo para la cena. El parque se comenzaba a vaciar y el viento cada vez más frío recorría de un extremo a otro la ciudad haciendo a las hojas bailar. Casi llegaba a la salida cuando en una banca vi una solitaria silueta sentada, conforme me fui acercando lograba distinguir cada vez mejor la figura de Dalia, pero ella no me notaba a mí. Era como si los pensamientos que rondaban su cabeza la hubiesen absorbido hasta el punto en que el frío viento otoñal no le causaba el más mínimo estrago. Me quedé de pie frente a ella, inmóvil por unos segundos, pensando en cómo debería sacarla de aquel trance. Me senté a su lado.

- *Dalia... ¿qué haces aquí sola tan tarde?*

Le tomó unos segundos reaccionar a mi pregunta

- *¿Eh? Ah, eres tú. Nada, solo estaba...pensando, creo* – Cuando levantó la cabeza y dirigió su mirada hacia mí para responderme, noté algo extraño en sus ojos. No sé si fue por el reflejo del alumbrado, pero parecía que sus ojos se ahogaban en dolor.

- *¿Estás bien? Luces extraña*

- *Vaya que es tarde, mejor debería darme prisa y volver a casa.*

Se levantó asegurándose de darme la espalda, como si intentara ocultar algo pero era imposible. Yo conocía bien esa mirada, era la misma mirada que yo tenía luego del accidente. Sabía que cualquier cosa que la estuviera agobiando estaba atorada en su pecho, presionándolo, asfixiándola, rogando salir. Todo quien sepa lo que es perder algo valioso conoce bien esa sensación. Esa sensación de estar al borde del abismo, sabiendo que vas a caer sin que haya algo cerca de lo que sujetarse. Y caer en ese abismo es como estar muerto en vida; todo se vuelve oscuro y frío, la luz se desvanece cada vez más rápido pero tú sigues cayendo más y más profundo y mientras más caes, más te entregas al abismo, el abismo entra en ti y te sujeta con toda su fuerza, devorándote poco a poco. Un abismo del que no hay forma de salir solo. Me levanté y la seguí, siempre detrás de ella, en silencio.

Cuando llegamos a la estación se detuvo, y cabizbaja con la voz quebrada habló

- *No quiero estar sola, no otra vez...por favor no.*

Escuché como lloraba por lo bajo, de nuevo intentando ocultarlo. Pero ya era inevitable, una vez sale la primera lágrima no hay forma de contenerlas. Yo no sabía que decirle así que solo me acerqué y la abracé. Se bien lo que es estar en sus zapatos, la desesperación que te aborda, el dolor que desgarras; así que hice lo que hubiera deseado alguien hiciera por mí cuando lo necesité, la abracé. También sabía que cuando estas al borde del abismo, a punto de entregarte al dolor, al sufrimiento y a la soledad, alguien puede tomarte de la mano y evitar que caigas. Alguien puede rescatarte del vacío. Y mientras la cubría con mis brazos, deposité toda mi esperanza en que yo pudiera ser quien tomara su mano y la salvara.

- *Es tarde, quizá...deberías pasar la noche en mi apartamento*

- *Gracias.*

El camino a casa fue silencioso e incómodo, ella caminaba detrás de mí mientras yo la escuchaba intentar callar su dolor. Llegamos al edificio, tomamos el ascensor y caminamos por el oscuro pasillo alumbrado únicamente por una pequeña luz junto a la puerta de cada apartamento, llegamos al mío y entramos.

- *Yo...olvidé que debía comprar algo para la cena. Iré a traer algo rápido. Mientras puedes sentarte o tomar un baño o algo, no sé – Estaba nervioso, no sabía cómo debería actuar o qué debería decir*

- *Si, gracias*

Salí del apartamento y regresé a la calle, mi corazón palpitaba ansioso, era la primer chica que invitaba a quedarse, mientras caminaba a la tienda pensaba en qué debería comprar, no sabía que le gustaba comer. Debería comprar algo de carne, tal vez algo salado o dulce, quizá algo dulce la alegraría un poco. ¿O acaso debería comprar alcohol? Las personas suelen beber cuando están tristes. Cuando llegué a la tienda, tomé unas cuantas sopas instantáneas y un par de cervezas. Me tomo cerca de 30 minutos volver al apartamento.

- *¿Dalia? Ya volví, no estaba seguro qué debería comprar, al final termine trayendo sopa instantánea y cerveza. Bueno, en realidad era lo único que había, aunque aquí tengo café...por si quieres.* – Silencio fue la única respuesta que obtuve. El apartamento era pequeño, me asomé a una habitación vacía, la única opción que quedaba era el baño. Caminé hacia allá y toque la puerta. - *¿Dalia?*

Por fin respondió

- *Me llamaron cuando estaba en clases, del hospital. Dijeron que la abuela había tenido un accidente, que no era grave. Por eso esperé hasta el final de la escuela para ir a verla. Tuvo un paro cardio-respiratorio antes de que yo llegara.*

Por como sonaba su voz, intuí que estaba recargada sobre su espalda en la puerta. Yo la escuchaba desde el otro lado.

- *Cuando tenía 15 mis padres se separaron. Vivía un tiempo con uno y un tiempo con otro, eso me hizo perder un par de años de la escuela. Sentía como si a ninguno le importara donde viviera yo, más bien yo era la forma en que uno intentaba castigar al otro cada que se enojaban. "Me llevaré lejos a Dalia y no dejaré que la veas", era lo que solían decirse antes de arrastrarme con ellos. Al final la abuela intervino y consiguió hacerse con mi custodia legal. Desde entonces estuve con ella y aun sabiendo dónde estaba, mis padres nunca me fueron a buscar, ni una sola vez. Ni en mi cumpleaños, ni en navidad, ni en el cumpleaños de la abuela. Éramos siempre ella y yo, solas.*

Escuché como el llanto se apoderaba de nuevo de ella. Yo no sabía qué decir ¿Qué le dices a alguien que ha perdido a su única familia? A mí nadie me lo dijo, cómo lo sabría. Supongo que en momentos así lo mejor que puedes hacer por esa persona es dejarla desahogarse.

- *Una vez la abuela me contó que conoció a dos personas, una pareja. Mientras que la chica buscaba incansablemente el frío abrazo de la muerte, ésta la evadía una y otra vez; por otro lado, era la muerte quien corría tras la vida del chico pero era él quien la evitaba; que irónico. Al*

*final seguro solo era una historia, no hay forma de evadirla.*

No sabía cómo reaccionar o qué decir.

*- Tomate el tiempo que necesites. Yo iré a cambiar las cobijas para que duermas en la habitación. – No contestó.*

Mientras ella salía del baño, yo limpié un poco la habitación, acomodé un sillón para yo dormir en él y preparé las sopas que había comprado para cenar, después encendí el televisor y me senté a verlo. Cuando por fin salió del baño, se disculpó por la tardanza mientras se secaba el cabello. Le dije que, el intento de cena, estaba listo. Ambos nos sentamos a cenar mientras veíamos televisión. Después de una hora me dijo que se sentía cansada y que quería irse a dormir. Una vez que cerró la puerta de la habitación, me puse a limpiar un poco antes de dormir.

A la mañana siguiente, me desperté temprano como era mi costumbre, aparentemente antes que ella, ya que era fin de semana no iría a trabajar; así que decidí salir a comprar algo al mercadillo antes de que Dalia despertase para poder ofrecerle un desayuno decente. Regresé con una bolsa con verdura, fruta, leche, huevo y algo de carne, eso sería suficiente para desayunar y de paso para el fin de semana; dejé la bolsa en la mesa y vi que la puerta de la habitación estaba abierta, me acerqué para hacerle saber a Dalia que prepararía algo para comer los dos, pero no la vi. Tampoco estaba en la cocina ni en la sala, por un momento pensé que se habría ido sin decir nada. Segundos después la vi saliendo del baño, me sentí aliviado.

El ambiente entre los dos era tenso, por alguna razón el simple hecho de solo intercambiar miradas resultaba incómodo, al final terminamos por ahorrarnos las palabras. Yo me dirigí a cocinar algo y ella entró a vestirse, en un intento de hacer más cálido el silencio encendí el televisor. Luego de media hora, la llamé para desayunar, aún era incómodo. A pesar del sonido de fondo del televisor, estar sentados de frente viendo comer al otro en absoluto silencio es siempre incómodo. Al final fue ella quien se atrevió a acortar la brecha entre los dos.

*- Emm, anoche vi un frasco de pastillas junto a la cama y bueno...me preguntaba si... ¿estás bien?*

*- Sí, es algo que llevo tomando muchos años. Siempre lo tengo ahí para no olvidarlo pero anoche, pues...lo olvidé – Era cierto, había olvidado completamente sacar de la habitación mis antidepresivos para tomarlos antes de dormir, ahora ella sabía algo nuevo de mí. – No es nada de lo que haga falta preocuparse.*

Seguimos comiendo. Una parte de mi quería preguntarle cómo estaba, qué haría ahora, a dónde iría; pero no tenía idea de cómo hacerlo, mientras yo pensaba cómo preguntar por ello los minutos transcurrían y

los platos se vaciaban.

- *¿Ya terminaste? Déjame lavar por favor los platos. Es lo menos que puedo hacer por dejar que me quedara.*

- *Está bien, te ayudaré. No fue nada.*

Ella lavaba los trastes sucios mientras yo recogía y guardaba, sacudía y tiraba, secaba y guardaba.

- *Tengo que ir al hospital a hacer papeleo, luego regresaré a casa, deje pendientes algunas cosas. Supongo que estaré muy ocupada así que por un tiempo no iré a clases.*

- *Si...eso supongo. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte puedes llamarme, te daré mi número.*

- *Ya has hecho suficiente. Muchas gracias.* – Con las manos aún mojadas sostuvo las mías y me sonrió desde el fondo de su corazón.

Terminamos de limpiar en silencio. Una vez terminada su tarea, tomó su mochila y caminó hacia la puerta, la acompañé. Se detuvo frente a ella y se dio media vuelta para verme.

- *Es hora de que me vaya, te agradezco mucho tu ayuda y espero poder pagarte de alguna manera*

- *No es necesario, toma* – Le extendí una pequeña tarjeta donde había apuntado mi número telefónico. Ella la tomó y la guardó en su mochila.

- *Espero que nos volvamos a ver.*

Se fue. No hubo despedida y si la hubo, fue una muy extraña. En el fondo yo también deseaba poder vernos de nuevo.

•••

Fue cerca de un mes el tiempo que tuve que esperar para volver a verla, durante ese mes mis tardes volvieron a ser tan silenciosas como lo habían sido durante mucho tiempo. Su cumpleaños sería unos pocos días después de habernos visto por última vez, me pregunto cuán solitario debió haber sido pasarlo en medio del luto; a pesar de tener mi número telefónico ella nunca me contactó y yo no tenía forma de buscarla. Durante ese mes, traje guardado conmigo todo el tiempo un pequeño llavero en forma de conejo de peluche que quería darle por su cumpleaños, aguardando pacientemente por el momento de nuestro reencuentro. ¿Por qué había comprado un conejo de peluche? No lo sé, lo único que sabía es que por alguna razón, ver ese conejo exhibido en un aparador me hizo pensar en ella, aunque en realidad ni siquiera sabía si le gustaban los conejos. Acaso

era eso extraño, quiero decir, hablábamos todas las tardes, pasó una noche en mi apartamento y aun así no sabía si un conejo era algo que le gustaría recibir. La tarde que nos reunimos de nuevo, era lluviosa. Vaya forma tan particular de unirnos: la lluvia, la cual suele llevarse todo a su paso, a nosotros nos puso uno junto al otro. Mientras esperaba por el tren, me intentaba resguardar bajo techo pero aun así mi ropa estaba algo mojada. Mientras veía atento las vías, esperando avistar mi transporte, sentí una presencia detrás de mí, luego un paraguas rojo con puntos blancos me cubrió la cabeza.

- *Creo que verías mejor si nos acercáramos un poco más. Casi no hay gente por la lluvia.*

- *¡Dalia! Que sorpresa me has dado – Caminamos al frente, acercándonos a las vías - ¿Cómo has estado?*

- *Bueno, no ha sido fácil pero voy avanzando poco a poco. Aunque todos los trámites que quedaron pendientes son verdaderamente agotadores – Dalia sonaba tan normal, como si nada hubiera pasado, como si no estuviera rota por dentro, que gran valor conlleva eso.*

Una voz en los altavoces de la estación resonaron en medio de la lluvia:

*El tren 12-B, con dirección al norte, tiene unos minutos de retraso debido a las condiciones climáticas. Les pedimos por favor aguardar en una zona techada y alejados de las vías.*

- *Ya escuchaste, mejor regresemos a donde estabas. Tendremos que esperar un poco más.*

La forma tan cálida y amable en la que me hablaba me hacía sentir tranquilo. Ella parecía estar bien, parecía sobrellevar y sobreponerse a la situación. Personalmente me cuesta mucho entender cómo es que existen personas así, personas que le sonrían a la adversidad, personas que se mantienen de pie en medio del derrumbe, personas que brillan aun cuando no hay razón para hacerlo. Yo era el tipo de persona cuya luz era apenas visible, pasaba desapercibido sin pena ni gloria, una luz que no podía alumbrar ni su propio camino, una luz que estaba siendo tragada por lo que pensaba era un agujero negro. Pero Dalia era una luz tan brillante que iluminaba todo a su alrededor, una luz que te hace saber que tu camino es seguro. Una luz que iluminó mi camino solo para mostrarme que el agujero negro que me devoraba no era más que un bache que podría rodear. Era tan brillante, que hacía parecer que yo también brillaba.

- *Si, vamos entonces – Vaya escena tan graciosa en la que una chica más pequeña que yo nos cubría a ambos con su lindo e infantil paraguas. - ¡Oh! Ahora que lo recuerdo, estuve guardando esto para cuando nos*

*viéramos de nuevo.*

Mientras dábamos media vuelta para regresar bajo techo, me incliné un poco para abrir mi maletín con mi otra mano, seguíamos caminando, la golpeé con el codo por accidente intentando sacar el regalo e hice que por unos instantes dejara de cubrirnos de la lluvia. El retraso del tren había hecho que la gente se acumulara y no quedara mucho lugar donde resguardarnos. Luego de revolver un poco el contenido de mi maletín finalmente logré encontrarlo. Me detuve para poder entregárselo. Mientras tanto, frente a nosotros, el bullicio de la gente silenciaba cada vez más el incesante sonido de la lluvia, la gente comenzaba a alborotarse, a separarse, a salir a la lluvia contra su voluntad; en la planta de los pies se podía sentir la vibración que causa el tren cuando se acerca a la estación, el alboroto crecía.

- *¡Alto! ¡Detengan a esos hombres!* – El grito de un oficial de policía resonó en medio de la multitud mientras esta se abría forzosamente tras los empujones que provocaban dos hombre que intentaba pasar corriendo por el medio y hacia nosotros, ladrones seguramente.

Lo resbaloso del piso hacía que algunas personas se resbalasen tras ser empujadas. El primer ladrón rompió abruptamente la última fila de personas, estaba tan cerca de nosotros que era inevitable que nos evadiera. Por reflejos, intenté proteger a Dalia. Me pare frente a ella sosteniéndola de los hombros y haciéndola un poco hacia atrás, a penas a tiempo para cubrirla del choque con el otro hombre; mi maletín, el paraguas y el peluche cayeron al suelo. El golpe hizo que mis piernas se atoraran en las suyas y que nuestro equilibrio se tambaleara, el mojado piso no hizo más que empujarnos más de lo que el golpe debía. Ese hombre nos había usado accidentalmente para cambiar la dirección en que corría. Miré sobre mi hombro para poder ver detrás de mí como se acercaba un segundo hombre siguiendo el mismo camino que su compañero, su rostro estaba iluminado por las luces del tren, aun así pude ver claramente lo que hacía. Él no chocaría con nosotros por accidente como el primero, él iba con los brazos al frente para abrirse camino a través de nosotros.

Ese momento no duró más de dos segundos, fue casi instantáneo, fugaz. Pero para mí fue eterno, pude ver cómo todo pasaba en cámara lenta, pude ver el momento en que aquel hombre se me acercaba, pude ver el momento en el que me empujaba. Pude verlo todo, y sin embargo, mi cuerpo fue incapaz de moverse a tiempo. Giré la cabeza al frente cuando me empujó, cuando nos empujó. Dalia se había acurrucado sosteniéndome del pecho con los brazos, con los ojos fuertemente cerrados, como esperando que eso pasara y pudiéramos volver a caminar, como si fuese un mal sueño. Como si su cuerpo presintiera lo que iba a suceder. Mientras abría sus ojos, yo veía como su rostro y todo su cuerpo se iluminaba más y más, como su larga coleta de cabello negro volaba por

encima de nosotros, como sus claros ojos verdes se hacían más y más brillantes. Pude ver como sus ojos se llenaban de miedo y tensión, como su expresión gritaba de terror por caer. Por un momento pude ver a la verdadera Dalia a través de sus ojos, a una Dalia sentada sola en una esquina que lloraba descontroladamente. Cuan increíble podía ser esta chica que, a pesar del enorme vacío y de la fría soledad que abrazaba su alma, ella te hacía sentir como si quisieras estar junto a ella, como si su voz te transportara a un sitio seguro donde tus mayores miedos y preocupaciones se convertían en polvo, como te hacía sentir que pertenecías a un lugar.

Pude ver, por un efímero, eterno y último momento sus grandes ojos. Fue como si todo a nuestro alrededor se congelara, el agua se detuvo formando cientos de pequeñas esferas alrededor nuestro, la gente enmudeció, nuestra silueta se llenó con la luz de los faros y el tren nos dió un último toque.

•••

Dalia tomaba mi mano, podía sentir como temblaba de miedo, quien no lo hubiera hecho en la situación en la que nos encontrábamos. Frente a nosotros el tren detenido, mi maletín y su paraguas estaban en el suelo uno junto a otro, la gente movida por el morbo se olvidaba de la lluvia y se aglomeraba en un punto. Algunos gritaban, otros preferían no ver, algunos pedían ayuda a gritos, otros simplemente se quedaban estáticos boquiabiertos. Pronto llegaron los guardias de la estación, pedían a la gente que se apartara, que los dejara pasar, que abandonaran la estación. De entre la multitud saltó una joven, *déjenme pasar, soy estudiante de medicina*. Los guardias la dejaron acercarse, con cuidado bajaron a las húmedas vías indicándole que esperara en la plataforma; dos hombres saltaron a ayudar a los guardias.

- Oye, esos... ¿acaso...? - Dalia no pudo contener más el llanto

Yo no me encontraba en mejor estado de ella, aun así apreté fuerte su mano sin decir palabra alguna. Y es que qué podrías decir cuando frente a tus ojos tienes tu propio cuerpo, inerte, sin vida. Los brazos de mi cuerpo sin vida rodeaban al suyo, como si la estuviera abrazando. Yo intenté protegerla y sin saberlo, la arrastré conmigo al fondo de las vías. El frente del tren y el faro derecho estaban cubiertos de sangre, mi sangre. Mi cabeza había recibido el impacto. Fue instantáneo. Nuestros cuerpos reposaban sobre el riel por el que circulaba la corriente que movía al tren.

- *Ya desconectaron las vías, pueden subirlos.*

Dos guardias y los dos hombres de antes cargaban con nosotros para subirnos a la plataforma, donde esperaba la joven médico. No pareció costarles trabajo separarnos, nos acostaron uno junto al otro. Primero se acercó a mí; le fue suficiente una mirada para dar un diagnóstico definitivo, se giró para ver a los guardias y negó con la cabeza en señal de que ya no había nada que hacer por mí, se giró para revisar a Dalia.

- *Su corazón apenas late ¿llamaron ya una ambulancia?*

- *Si, dijeron que llegarían en cinco minutos*

- *Bien, mientras haré primeros auxilios.*

Mientras tanto Dalia y yo observábamos atónitos la escena. Su mano perdía fuerza a medida que la chica le hacía RCP. Detrás de mi podía sentir como la muerte me recogía en su abrazo. Dalia no me soltaba.

- *Debes soltarla, no puedes traerla contigo* – Un susurro en mi oído me intentaba instruir

- *Dalia, suéltame* – Sin pensarlo le hablé. Yo tampoco quería soltarla pero sabía que debía hacerlo – *¿Recuerdas cuando te dije que para mí la muerte no es más que la recompensa por mi vida? Es hora de que vaya a recogerla.*

- *¿Eh? Tú nunca me dijiste algo así. No me sueltes por favor. Tengo miedo, no quiero estar sola otra vez*

- *Vamos, mientras más tardes en soltarla peor será para ella* – De nuevo la voz, cada vez estaba más cerca, ahora incluso podía sentir como tocaba mi mejilla con sus frías manos.

- *Dalia, por favor. Debo irme, no lo hagas más difícil* – Rompí en llanto – *Dalia debes seguir por tu cuenta ¿recuerdas aquella tarde de lluvia en que dijiste que parecía como si estuviera llorando? Dalia, era mi alma la que lloraba. No quería seguir en este mundo, cada noche deseaba por este momento, yo solo seguía adelante deseando cobrar pronto mi recompensa. Pero tú cambiaste eso Dalia, tu sonrisa ilumino y llenó de calidez mi frío y solitario corazón. Aún estás a tiempo, debes soltarme.*

- *¡No! ¡No quiero soltarte! Tengo miedo.*

- *No debes temer Dalia, mi recuerdo siempre estará cerca ¿ves ese llavero de peluche de allá? Lo estuve guardando por mucho para poder regalártelo por tu cumpleaños. ¿Recuerdas esa historia que me contaste sobre una pareja y la muerte? No es solo una historia, tú puedes evadirla como lo hacía él. Vive por mí, vive por tu abuela...vive por ti, Dalia.* – Entre lágrimas solté la mano de Dalia. Poco a poco todo se oscurecía y quedaba solo su brillante silueta, una silueta que poco a poco se iba apagando hasta que todo se volvió negro.

- *Dalia, gracias por hablarme, gracias por acompañarme, gracias por conocerme. Gracias por hacerme recordar que después del frío y triste otoño siempre hay una cálida y brillante primavera esperando por*

*nosotros.*

Ahora solo quedábamos yo y la muerte quien no me permitió seguir viendo el mundo real. Normalmente cuando las personas piensan en la muerte suelen imaginar un esqueleto cubierto con una túnica negra y una hoz en la mano, supongo que esa es la imagen que los humanos le hemos dado, pero ante mí no había tal esqueleto, no había una túnica ni una hoz; seguía viendo a Dalia.

*- ¿Da...lia? ¿Cómo es que...?*

*- Suelo tomar la forma de la última persona en quien piensas cuando mueres, es para hacer esto menos aterrador y más cómodo.*

En medio de un espacio de oscuridad, Dalia se posaba una vez más frente a mí. El hecho de que había muerto era evidente y fue fácil de aceptar, pero tener frente a ti a la muerte disfrazada de la persona que quieres es una tierna agonía.

*- Primero déjame explicarte lo básico. Tú moriste pero tu alma aún está viva, eres un alma. Pronto desaparecerás y llegados a este punto no hay forma de que vuelvas a tu cuerpo, mi trabajo es guiarte.*

*- ¿Guiarme a dónde?*

*- Excelente pregunta, ojalá yo lo supiera.*

*- ¿Estás diciendo que la muerte no sabe a dónde se van a las almas?*

*¿Acaso no me enviarás al cielo o al infierno o al purgatorio o a donde sea?*

*- Exacto. No hay ni cielo ni infierno ni purgatorio ni Valhala ni ninguna otra de esas cosas que ustedes humanos se inventaron. No hay tal cosa como los dioses, en todo caso yo sería Dios. Y mi único trabajo es hacerte desaparecer, volver a la nada*

*- ¿Así que a la nada? Después de todo sí que es el final*

Acepté tan fácilmente las palabras que la muerte me estaba diciendo, tan fácil que parecía que ya lo supiera. Después de todo esto era lo que había estado esperando.

*- Ahora bien, no sé qué es eso de "tu recompensa" ni esa historia de evadirme y no quiero que me lo expliques. No te queda mucho tiempo en este plano así que seré tu compañera. Hagamos lo que quieras.*

Chasqueó sus dedos y la oscuridad se desvaneció, nos trasladó a un enorme campo lleno de cientos y cientos de flores, todas diferentes. El viento soplaba y los pétalos volaban pero yo no lo podía sentir, no podía sentir la humedad de la suave brisa, el delicado toque de los pétalos danzantes sobre mi piel, simplemente me atravesaban. A donde fuera que mirase, lo único que lograba ver eran flores que se extendían más allá del horizonte; me hizo recordar esas historias de la escuela sobre los campos

Elíseos. Comenzamos a caminar.

- *Quiero preguntarte algo*
- *Dime*
- *Tú dijiste que mientras más tardara en soltarla más complicado sería para ella ¿a qué te referías?*
- *Desde el momento en que el tren impactó tu cabeza, tú caíste en mis brazos. Mientras sostenías su mano la hacías caminar a mí antes de tiempo. Lo único que hacías era atar su alma a este plano y alejarla del real.*
- *Eso significa entonces que tú sabes cuándo es la hora.*
- *Si, lo sé*
- *¿Y cómo es que decides de quién es turno?*
- *Hay cosas que ni los muertos pueden saber, chico.*

Seguimos caminando por un largo rato sin decir nada. Por alguna razón la vista de ese hermoso campo me hacía sentir tranquilo, como si nada importara. Esperando solo por el momento de desaparecer.

- *Este campo... ¿Son tus dominios? ¿Aquí vives?*
- *Así es ¿te gusta? Cada día nacen cientos de nuevas flores. Aunque debo admitir que te mentí sobre eso de volver a la nada. Es algo que suelo decir para tranquilizar a quienes llegan aquí.*

"Cada día nacen cientos de nuevas flores", no fue algo complicado de entender.

- *¿Entonces es aquí donde terminaré? ¿Me convertiré en una flor más de tu jardín?*
- *Exactamente, una flor que no necesita de agua ni de la luz del sol. Una flor eterna sin recuerdos de su vida pasada. Serás solo una flor más que me sentaré a admirar en mi tiempo libre.*
- *Suena a que es muy solitario tu trabajo. Muy triste.*
- *Claro que lo es muchacho. Soy la muerte, nada ni nadie puede huir de mí. Al final de todo, soy yo quien existe en este universo y nadie más. Por eso hago que crezcan como flores, me gusta ver en qué tipo de flor se convierten, estando siempre rodeado hace que mi existencia sea un poco menos solitaria.*
- *¿Y por qué no haces entonces que crezcan seres más complejos? Seres con quien puedas compartir*
- *Eso es imposible. Yo soy el inicio y el final, soy el centro de la existencia. Si hiciese tal cosa rompería el equilibrio que sostiene la vida.*
- *Ya veo.*

A pesar de que nuestras piernas se movían como si estuviésemos caminando, ni mis pies ni los suyos tocaban las flores; simplemente las atravesábamos, de esa forma resultaba imposible que les hiciésemos daño. Había tantas flores cuyos nombres no conocía y tantas flores que ni

siquiera había visto antes en fotos que me era muy difícil aceptar la idea de que cada flor representaba o siendo más exacto, era el alma de una persona. Desde el principio de la humanidad las flores han crecido en este campo, miles de millones de flores y sin embargo, aún había lugar para más.

- *Oye, muerte. Probablemente en algún momento la humanidad se extinga. Entonces tú tendrás todas las flores que se pueda y no quedara una sola alma que haga florecer una nueva flor en tu campo ¿qué pasará entonces?*

La muerte se detuvo, giró su cuerpo y con su índice derecho me señaló un lugar del campo en donde no había flores, solo había pasto. Era un área grande la cual estaba perfectamente limitada por decenas de flores.

- *¿Cuándo no queden almas humanas que hagan florecer mi jardín? Entonces será mi turno. Ese espacio vació de ahí está reservado para mí, justo al centro. Mis pies se convertirán en raíces, mi cuerpo en un tronco y mis manos y mi cabeza se convertirán en cientos de ramas. Dejaré de ser la muerte para convertirme en un árbol; vaya ironía tan grande que mi destino sea dar una nueva vida.*

- *¿Y entonces? ¿Este jardín quedará en medio de la nada por lo que dure la eternidad?*

- *No. Todas las flores que me rodeen se marchitaran, mis raíces las absorberán y de mis ramas crecerán botones, nuevos botones que darán lugar a miles de bellas flores. Y una vez que mis ramas estén envueltas en flores y el campo se haya secado, mis flores caerán. Y de los secos y rígidos pétalos nacerá un nuevo mundo, una nueva era. Nuevos humanos, nuevos animales, nuevas plantas y por supuesto una nueva muerte. El ciclo se repetirá infinitamente.*

- *Si lo dices así suena como una historia para niños*

- *Supongo que sí. Sigamos caminando, ya casi llegamos a tu lugar.*

Así que la muerte incluso sabía el lugar exacto en que mi alma florecería, y eso que me dijo que haríamos lo que yo quisiera. Vaya descarada es la muerte, al final lo único que hicimos fue dirigirnos a mi lugar de descanso eterno.

Finalmente llegamos, un espacio pequeño, unos 10 centímetros cuadrados quizá, aunque eso es mucho para una pequeña y delicada flor. Cuando pisé el lugar indicado, mis piernas dejaron de moverse, la tierra comenzaba a hacerme suyo. Mi cuerpo poco a poco iba transformándose y mi conciencia se desvanecería paulatinamente hasta desaparecer por completo.

- *Hay una última cosa que quisiera preguntarte. Aunque es más un favor que una pregunta ¿puedo?*

- *Seguro, ¿qué pasa?*

- *¿Me podrías dejar verla una última vez?*

La muerte se quedó en silencio varios segundos, su expresión mostraba duda sobre si debía o no dejarme verla una última vez. Al final, suspiro resignada.

- *Ya es tu hora, supongo que no importa si lo sabes. – Se sentó junto a mí y miró al cielo. – Este mundo y el otro funcionan diferente, aunque tú creas que hemos pasado un largo rato aquí, allá solo han pasado unos segundos. Pero ya que es tu último deseo...*

Una vez más chasquéo los dedos. Esta vez el floreado campo se había ido. Ella, aun con la apariencia de Dalia estaba de pie junto a mí. Mi apariencia ya no era la de un humano, ahora mis pies estaban clavados en la tierra, cada vez me volvía más pequeño y de mis piernas comenzaban a nacer los brotes de la flor en la que debía convertirme.

Ambos habíamos regresado a la estación de tren; Dalia, en el suelo recibiendo atención médica de emergencia. Jamás hubiera imaginado que mi último vistazo del mundo sería una imagen tan dolorosa. Unas últimas lágrimas brotaron de mis ojos solo para caer en lo que ahora eran mis raíces. La muerte volteó a verme, sus ojos estaban llenos de tristeza; después de toda una eternidad de hacer el mismo trabajo, su mirada delataba que no era fácil. Después de ver como innumerables vidas se apagaban, después de ver como innumerables almas eran separadas, a la muerte le seguía doliendo ver como los lazos que las unían se quebraban.

- *Ja, tú sí que eres un romántico de closet – La muerte echó una última risa y apartó la mirada*

- *Dalia, una vez alguien me dijo que incluso las flores tienen recuerdos, me preguntó si yo...*

•••

- *Así que una dalia rosa, vaya tipo. Bueno, no puedo seguir trabajando hasta que regreses a tu lugar, florecilla.*

La muerte y la recién florecida dalia rosa regresaron al campo donde habría de esperar hasta el fin de los tiempos. De nuevo la muerte deambularía sola por su eterno jardín floreado. Durante su existencia, la muerte había sembrado millones de flores y a pesar de ser incapaz de recordar a cada una, sabía que todas eran especiales y diferentes. Cada

flor guardaba en sus pétalos una historia única y especial.

- *Bien, hora de seguir.* – La muerte se puso en pie y una vez más cambió su apariencia en señal de que una nueva flor debía florecer. Se miró a sí misma. – *Ja, debe ser un chiste.*

Con una nueva apariencia y un nuevo destino marchó desde su jardín hasta el otro mundo, siempre dispuesta a cumplir con su dolorosa labor. Después de tantos años transcurridos, qué clase de cosas habrían nacido en el corazón de ese desdichado ser.

- *¿Así que la muerte es una recompensa? Me agrada. Espero que la flor que ahora brotara a tu lado sea recompensa suficiente para ti, muchacho.*

La muerte caminó, fría pero elegante, hacía la siguiente alma que habría de sembrar. Preguntándose si está chica le haría honor a su nombre.